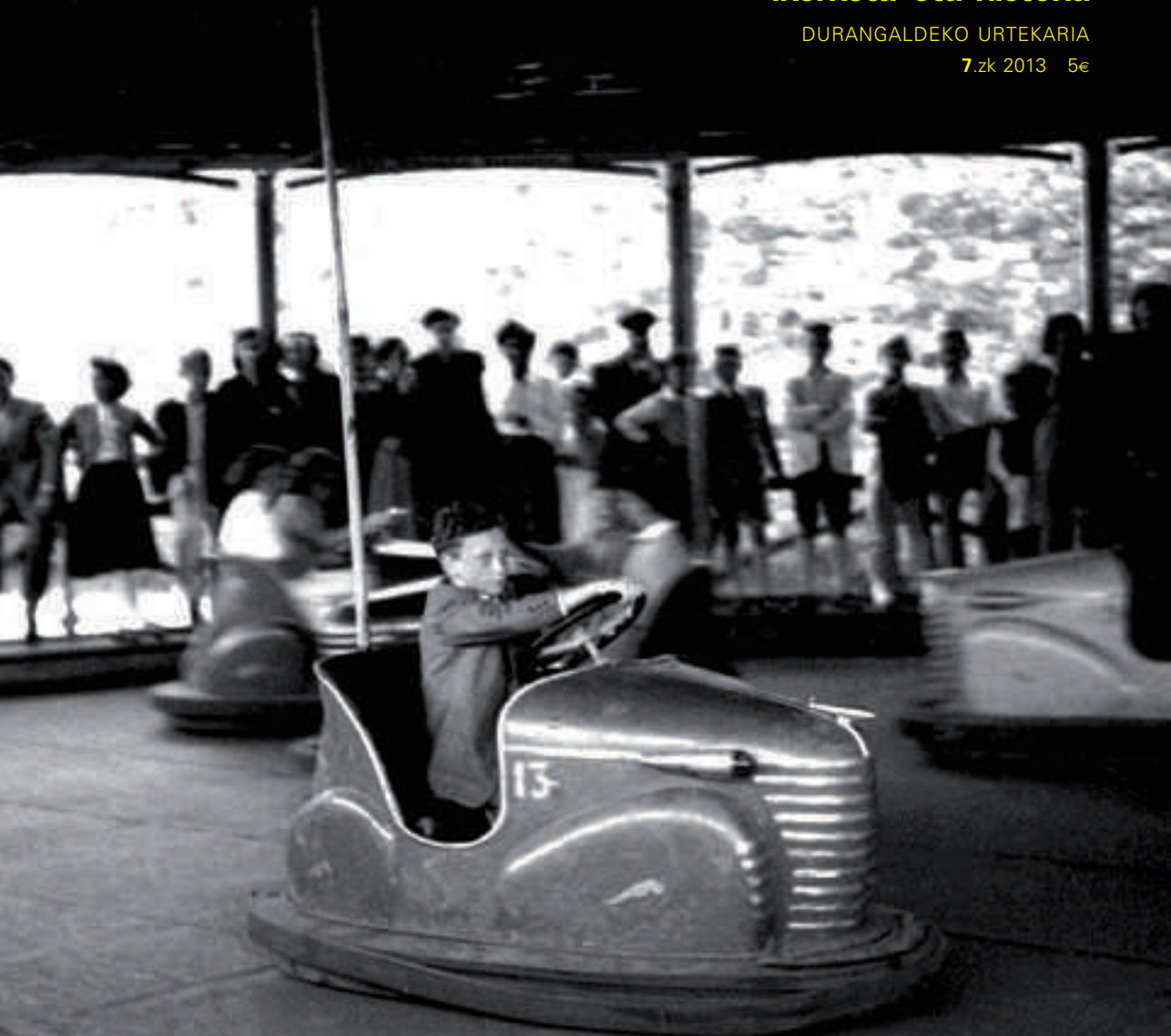


astola

ikerketa eta historia

DURANGALDEKO URTEKARIA

7.zk 2013 5e



AQUELLOS MARAVILLOSOS "SANANTONIOS"

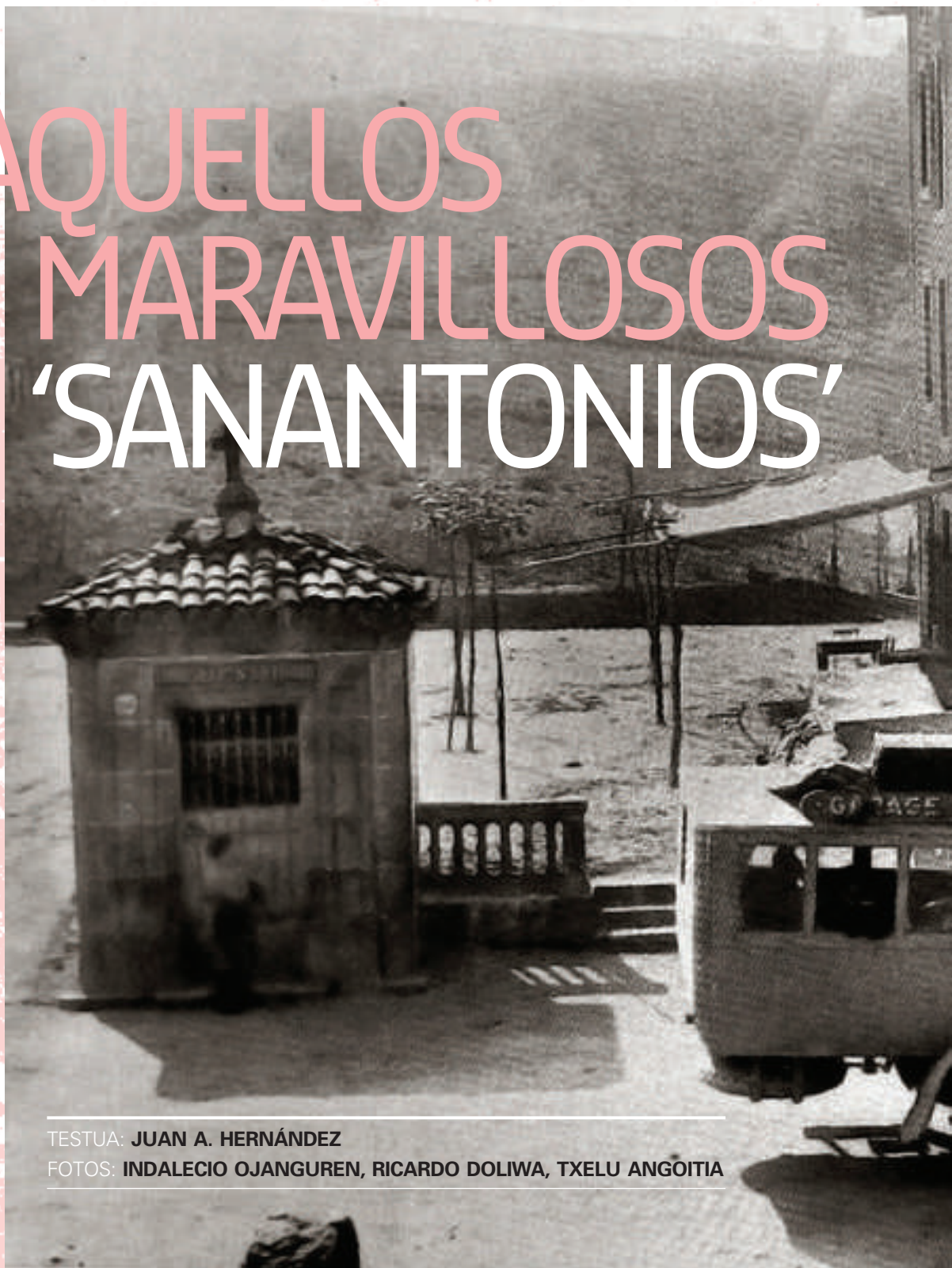
AUZO ELKARTEEN BORROKAK

LA FÁBRICA DE ARMAS DE DURANGO

TXAKOLINA, URTEKO ARDOA?

EL MISTERIO DE MIKELDI

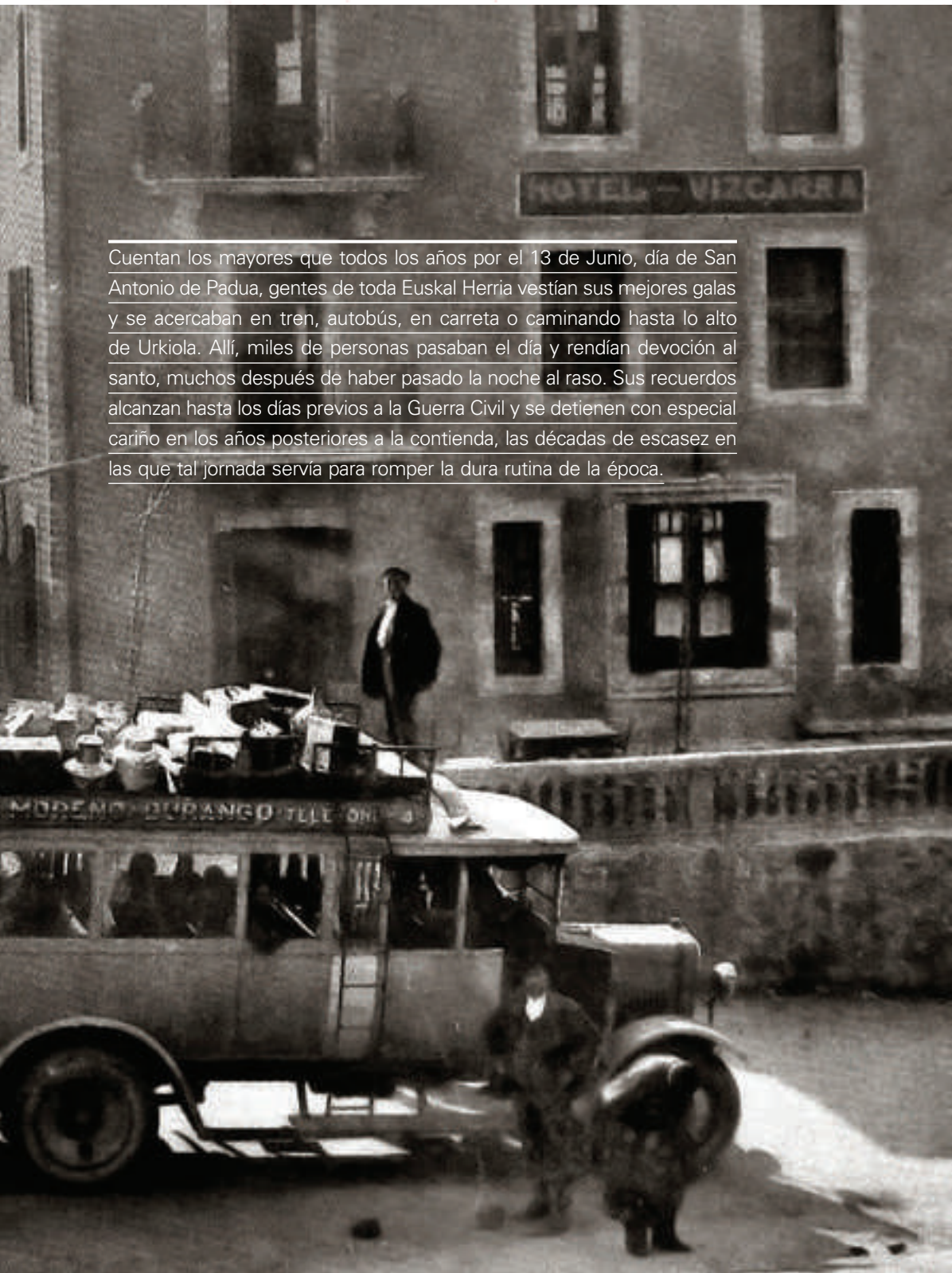
AQUELLOS MARAVILLOSOS 'SANANTONIOS'



TESTUA: **JUAN A. HERNÁNDEZ**

FOTOS: **INDALECIO OJANGUREN, RICARDO DOLIWA, TXELU ANGOITIA**

Cuentan los mayores que todos los años por el 13 de Junio, día de San Antonio de Padua, gentes de toda Euskal Herria vestían sus mejores galas y se acercaban en tren, autobús, en carreta o caminando hasta lo alto de Urkiola. Allí, miles de personas pasaban el día y rendían devoción al santo, muchos después de haber pasado la noche al raso. Sus recuerdos alcanzan hasta los días previos a la Guerra Civil y se detienen con especial cariño en los años posteriores a la contienda, las décadas de escasez en las que tal jornada servía para romper la dura rutina de la época.



Para cuando el calendario señalaba la cercanía de aquel día, los cerezos de Mañaria ya habían dado sus frutos, que recordaban el final de los días fríos y la cercanía del verano. Los días previos al día de San Antonio ya se percibía el trajín de gentes. Eran, entre otros, músicos (sobre todo trikitilaris) que llegaban a la estación de tren de Durango y montaban sus instrumentos en los autobuses de la empresa Hijos de Andrés Zugaza S.L., popularmente conocidos como los autobuses del Garaje Moreno, que de ruta hacia Vitoria-Gasteiz les dejaban en lo alto del puerto, preparados para amenizar la jornada de los peregrinos al día siguiente. Les aguardaba una noche en la que dormirían sin más techo que las estrellas, eso siempre que las nubes y la lluvia les dejaran ver el cielo.

Al día siguiente, las habitualmente tranquilas calles de la localidad (punto de partida obligado para muchos de los transportes que llevaban a los visitantes) se convertían en un hervidero de gentes. "¡San Antonio era el acabose!", enfatiza el durangués Leopoldo Zugaza, 81 años de memoria viva, que trabajó en la empresa familiar de autobuses junto a sus hermanos, algo que le convierte en testigo privilegiado de lo que ocurría en aquellas jornadas.

De todos los puntos de Bizkaia y Gipuzkoa llegaban aquellos visitantes que nunca faltaban a la cita con el santo, protector también de los novios y enamorados que buscan pareja o que el santo les conserve la que tiene. "Recuerdo sobre todo a los gipuzkoanos, muchos caseros de cierta edad, vestidos con blusa corta





como de seda negra muy elegante. La devoción a San Antonio era terrible. Eran miles y miles de personas las que venían”, rememora Zugaza. Mientras, por el otro lado del puerto, navarros y alaveses principalmente llegaban a través de Otxandio. “San Antonio siempre ha estado más metido en Gipuzkoa y hoy en día diría también que seis de cada diez de los que vienen son guipuzcoanos”, confirma Joseba Lejarza, párroco del santuario de Urkiola desde 1970.

Poco a poco, unos a pie, otros en autobús (el billete costaba un duro y subió a lo largo de los años hasta casi las 15 pesetas) iban llegando a lo alto del puerto. Allí, en la cima, los visitantes se mezclaban con lisiados que alineados desde el borde del antiguo camino hasta la entrada del santuario apelaban a la caridad cristiana de los recién llegados. Corrían leyendas negras sobre personas que llegaban a mutilar

a sus hijos cuando éstos eran niños para ablandar las conciencias de las gentes piadosas. Si bien desde la distancia resulta imposible conocer el grado de veracidad de aquellos rumores, lo cierto es que con el paso de los años su presencia se prohibió y dejaron de verse en la cita de Urkiola.

La música de la trikitixa sonaba desde estrados instalados a tal efecto sobre los que los músicos hacían sonar sus instrumentos. Quizás eran esos los momentos en que los amigos de lo ajeno aprovechaban para arrebatar la bolsa a los más incautos, ya que, aunque más de uno pueda pensar que los robos son cosa de nuestros días, los carteristas ya proliferaban en aquellos años, ejerciendo su oficio en juego del gato y el ratón con parejas de uniformados de la Guardia Civil. Muchos de ellos acababan la jornada esposados y camino del cuartelillo de Durango en los



mismos autobuses que traían a los peregrinos. “Todavía recuerdo la cara de alguno de ellos subiendo al autobús y el guardia civil diciéndome. ¡Pero cóbrele! Y yo pensaba, pero cómo le voy a cobrar al pobre hombre, que bastante tiene ya con lo que le viene encima. Recuerdo la cara del pobre hombre como pensando ¿encima me cobrará?”, añade el que fuera uno de los responsables de aquella línea de transportes. Poco a poco y con el paso de los años, cada vez más visitantes empezaron a llegar en autos particulares, aunque más de uno se recalentara y acabara el trayecto arrastrado por los bueyes de alguna de las familias que vivían en el lugar.

En medio de aquella multitud, muchas mujeres se dedicaban a otro oficio bastante más honrado que el de aquellos amigos de lo ajeno. Eran vendedoras de imágenes de hojalata del santo, muy reclamadas por el público. A pesar de lo aparentemente inofensivo de su actividad, muchas también veían su mercancía requisada y debían volver a casa con los bolsillos vacíos cuando los omnipresentes vigilantes del orden comprobaban que las figuras iban ataviadas con los

siempre sospechosos colores rojo, verde y blanco de la ikurriña. Eran tiempos en blanco y negro en los que una nota de color como esa suponía un desafío intolerable.

La feria de ganado tampoco fallaba a su cita con San Antonio. Así, animales y baserritarras se reunían en la parte trasera del santuario. Junto a ellos, vendedores ambulantes mostraban sus mejores mercancías: azadas, hoces y todo tipo de utensilios para el trabajo en el campo.

Tradición, fiesta y devoción eran uno, aunque este último aspecto era el que predominaba claramente sobre los demás. "Era más devoto que romería. Era una gran masa de gente que iba a la Iglesia y hacían

sus rogativas", afirma el también durangués Carmelo Fondado, nacido en 1921 y recién renovado su carné de conducir ("aunque me han dicho que no conduzca más de una hora u hora y media", confiesa). "Algunos hacían la tontería de dar vueltas a la piedra, pero eran los menos", añade con firmeza.

Ya en la siempre abarrotada iglesia, el pasillo central dividía los bancos situados a la derecha, donde el letrero 'andrak' indicaba dónde debían sentarse las mujeres. Otro cartel guiaba a los varones al lado que les correspondía dentro del templo.

A pesar de la separación dentro del templo, San Antonio fue reforzando con los años su fama de santo casamentero, a quien mozos y mozas casaderos pe-





dían por un buen novio o novia. Para ello, se fueron asentando los ritos que han llegado hasta nuestros días: dar vueltas a la piedra férrica (el 'meteorito', según la tradición popular) situado en el exterior del Santuario, pero también elegir el color de pelo del futuro consorte portando agujas con la cabeza de color negro o blanco ya fuera moreno o rubio respectivamente el pretendiente favorito. Algunas de aquellas agujas acababan clavadas en el cordón y las sandalias de la figura de San Antonio en el interior de la capilla del santuario. "Hay que tener en cuenta que nuestros "baserritarras" salían muy poco a la calle, igual el domingo para ir a misa o a alguna romería", explica Lejarza, "por eso romerías tan importantes como esta eran un buen lugar para que los chicos y las chicas se conocieran".

No siempre hacía sol, no hay nadie que garantice que San Antonio tenga entre sus bondades conservar a la pareja amada o encontrar un buen novio, pero unas cuantas décadas después miles de personas llegan a lo alto de Urkiola cada 13 de junio fieles a su cita anual, si bien en mejores coches y por una carretera asfaltada y sin baches. Las cosas han cambiado mucho pero la tradición se mantiene. Tal vez, dentro de cuarenta o cincuenta años alguien tendrá que contar cómo fueron aquellos maravillosos 'sanantónios'.



UNA GRAN FIESTA SIN 'MÚSICA EXÓTICA'

Cuentan los mayores que todos los años por el 13 de Junio, día de San Antonio de Padua, gentes de toda Euskal Herria vestían sus mejores galas y se acercaban en tren, autobús, en carreta o caminando hasta lo alto de Urkiola. Allí, miles de personas pasaban el día y rendían devoción al santo, muchos después de haber pasado la noche al raso. Sus recuerdos alcanzan hasta los días previos a la Guerra Civil y se detienen con especial cariño en los años posteriores a la contienda, las décadas de escasez en las que tal jornada servía para romper la dura rutina de la época.

Durango se benefició durante años del aluvión de personas que cada 13 de junio acudían a la cita con San Antonio en Urkiola. Nudo de comunicaciones y paso obligado para gran parte de ellos camino de la romería, la localidad acogía una gran feria llena de atracciones que los mayores recuerdan aún con nostalgia.

El epicentro de la fiesta era el parque de Ezkurdi, muy diferente entonces al que conocemos hoy en día, ubicado entre la estación de tren y la carretera que unía la localidad con Vitoria-Gasteiz. En ese espacio se concentraba una gran variedad de personajes entre los que había músicos, barraqueros y charlatanes. Junto a ellos, miles de parroquianos y forasteros dispuestos a pasar un día diferente.

Fotos: Ricardo Doliwa



Quienes conocieron aquel ambiente en los años 50 del pasado siglo guardan un buen recuerdo de un vendedor ambulante llamado León Salvador, que trabajaba habitualmente en la Plaza de Zabalburu de Bilbao y cada año a mediados de junio nunca fallaba a su cita duranguesa, siempre bajo una fila de tilos junto al espacio de la actual fuente. Subido a una tarima y con un cartel de hule raído por único atrezzo, portaba en su maleta diversos y muy demandados productos, aunque los más apreciados eran las hojas de afeitar marca 'Piel Roja', rivales de las locales 'Palmera' (locales porque la factoría que las producía estaba en Durango).

Del citado Salvador destacan quienes le vieron en acción su porte distinguido y elegancia a la hora de vender. "Era muy buen charlatán", afirma el durangués Carmelo Fondado. "Era un caballero. Vendía medallas de plata, carteras de 'boxcal' y hojas de afeitar marca 'Piel Roja', que era su marca", precisa en un nuevo alarde de memoria Leopoldo Zugaza, "había gente que decía que las mejores hojas de afeitar eran aquellas".

Entre las atracciones recreativas figuraba la caseta de la familia Liendo que ofrecía el del tiro al 'flower', juego basado en un chorro de agua vertical sobre el

que se sostenía un corcho que había que disparar con una escopeta de aire comprimido. Pero tampoco faltaba 'El oráculo de Salomón', "donde metías una moneda y te daba un papel con tu porvenir", según detalla Zugaza. Junto a él, tómbolas que rifaban, cacerolas y jamones.

Capítulo aparte merece la ambientación musical de la fiesta. Las familias acostumbraban a sentarse en las terrazas de alguno de los establecimientos hosteleros de la zona, como los cafés Lapiko, La Paz y y Ezkurdi, los bares Moderno y Bikandi o el hotel Miota. Allí sonaban los sonos de las orquestinas, conjuntos de cuatro o cinco músicos que tocaban el clarinete, el acordeón y algún instrumento de percusión; y también los de la Banda de Música, una respetada institución que tuvo componentes de gran calidad artística.

Sin embargo, la moralidad y las leyes de la época limitaban el repertorio de los músicos, censurando los estilos musicales que ya estaban naciendo en Norteamérica, al otro lado del Atlántico. Así, tal como recogía el programa editado por el Ayuntamiento, tenían prohibido tocar "el jazz-band por música exótica y extravagante". La prohibición, por supuesto, se cumplía.



Juan A. Hernández

Periodista